



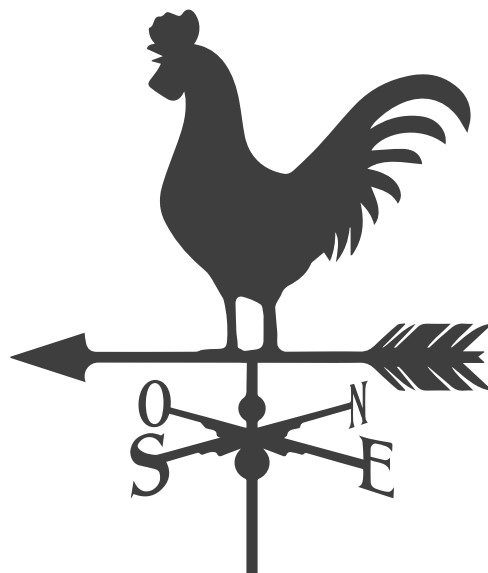
¿QUIÉN DIJO QUE LA VIDA (no) TIENE SENTIDO?

*Un acercamiento al sentido y la felicidad (posible)
desde el libro de Eclesiastés*



EDUARDO TATÁNGELO

¿QUIÉN DIJO QUE
LA VIDA
(no) TIENE
SENTIDO?

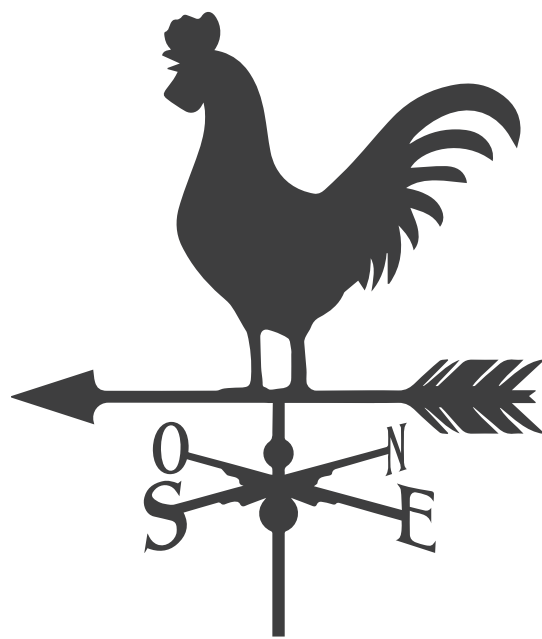


EDUARDO TATÁNVELO

 **Publicaciones
Alianza**



*Un acercamiento al sentido y la felicidad (posible)
desde el libro de Eclesiastés*



**Publicaciones
Alianza**

Tatangelo, Eduardo

¿Quién dijo que la vida no tiene sentido? : un acercamiento al sentido y la felicidad posible desde el libro de Eclesiastés / Eduardo Tatangelo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Publicaciones Alianza, 2017.

144 p. ; 15 x 21 cm.

ISBN 978-950-759-156-3

1. Vida Cristiana. I. Título.
CDD 248.4

¿Quién dijo que la vida (no) tiene sentido?
1º edición

© Copyright 2017 por Publicaciones Alianza
La Pampa 2975 Pº 1
C1428EBA Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina
info@publicacionesalianza.com
www.publicacionesalianza.com

ISBN 978-950-759-156-3
Hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin previa autorización de la Editorial.

Diseño y arte de tapa: Ezequiel Cordobés
ezequiel@llovía.tv - www.llovía.tv



Impreso en Argentina - Printed in Argentina.
Impreso en Noviembre de 2017
Grancharoff Impresores
www.grancharoff.com

Contenidos

1. Prólogo musical	7
2. Sostener la pregunta	10
3. Las preguntas son para todos	14
4. Del Eclesiastés a nosotros	20

Primera parte: Buscarla donde no está

5. ¿Toda suma revierte a cero?	29
6. ¿Mejor saber o no saber?	35
7. A la sombra del dinero	41
8. Darse la gran vida	49
9. Si solo pudiéramos poder	57

Segunda parte: Perderla de vista

10. La fatiga de ser uno mismo	65
11. Buena y mala suerte	71
12. La justicia es como la lluvia	79
13. Antes que se derrumbe la casa (o la vejez)	85
14. Toda muerte es segura	91
15. Y después el olvido	97

Tercera parte: Encontrarla donde menos se la espera

16. La oportunidad del tiempo	107
17. Vivir un día a la vez	113
18. El pudor de la espiritualidad	117
19. Religiosidad sin rigorismos	123
20. La Biblia te pide que disfrutes (I)	129
21. La Biblia te pide que disfrutes (II)	135
22. Final del discurso (y del libro)	139



1. Prólogo musical

Nací con una innegable pasión por la música, pero hasta ahora su disfrute se ha circunscrito a la apreciación musical, sobre todo a aprender a escuchar. Debo mucho de ese aprendizaje a los talentos y dones musicales mucho más desarrollados en mi esposa y mis hijos. Escuchar música con ellos, dialogar sobre obras musicales y, en ocasiones, hasta intentar hacer música han enriquecido mi acercamiento a otras dimensiones de la vida e incluso me permitieron descubrir abordajes nuevos para mis desafíos profesionales. Lo bueno de aprender un “idioma” cultural, es que éste nos permite usar algunas de sus claves para interpretar otros y así multiplicar los lentes con los que vemos la multicolor realidad que nos rodea.

La analogía musical puede ser -por ejemplo-, muy valiosa para entender mejor el carácter de la Biblia y el modo como la leemos y nos apropiamos de su contenido. El conjunto de textos que forman lo que denominamos canon bíblico, es como una enorme y variada orquesta sinfónica, compuesta por instrumentos muy diversos. Al sonar juntos, se llega a oír una melodía que, como pasa en las grandes orquestas, tiene el timbre y el tono de los instrumentos dominantes. En general, cuando de sinfonías o conciertos se trata, el piano, los violines, y algunos instrumentos de viento le dan a la obra su carácter distintivo. Pero el corno o los timbales agregan unas notas que si no estuvieran ahí, harían que perdiésemos riqueza y matices en la interpretación y en la escucha. En ocasiones, estos instrumentos introducen algunas pocas notas que dialogan con mayor o menor discordancia con la melodía general, provocando un contrapunto que nos permite

8 - ¿Quién dijo que la vida (no) tiene sentido?

comprender mejor toda la obra.

Con la Biblia pasa algo similar; lo que llamamos un poco presuntuosamente "su mensaje", resulta de la sistematización del contenido de algunos libros de inculcable importancia en la estructura general de la colección que constituyen las Escrituras. Para las lecturas e interpretaciones cristianas, los libros del Nuevo Testamento (en especial los evangelios y las cartas paulinas) son sin duda los instrumentos responsables de llevar la melodía, y la teología cristiana los ha utilizado para armonizar otros tonos bíblicos integrándolos en esa gran partitura (¡otra imagen musical posible!) que es el canon. En ocasiones, esas armonizaciones han sido tan hegemónicas, tan dominantes, que hemos desatendido y olvidado los sonidos y tonos menores de algunos textos bíblicos, con la lamentable pérdida que esto supone. Si la Biblia es la partitura y el lector es el intérprete, aparece allí una mediación de estilos que influirán en el resultado final. Cada intérprete puede destacar o llevar a un primer plano ciertos elementos de la obra, dejando resignados otros componentes que hacen también al discurso total. Necesitamos seguir escuchando la melodía que nos conduce y le da coherencia a la ejecución, pero necesitamos también escuchar el discurso de esos instrumentos un poco más discordantes, menos armonizables, para poder precisamente percibir toda la belleza y complejidad de la obra. Un libro aislado pone la gran melodía en una nueva perspectiva y nos permite comprender matices particulares que no es posible ver en la totalidad de una interpretación colectiva.

Si apartamos por un momento al ejecutante del corno y le pedimos que interprete solo, percibiremos una rusticidad que no es posible detectar cuando está tocando junto con el resto de los intérpretes. La especificidad de ese solo instrumento nos asombra y hasta nos desconcierta: porque extrañamos la melodía. Podemos pedirle al ejecutante del contrabajo que interprete un solo; es decir, que él lleve su propia melodía, sin el apoyo de otros instrumentos. Allí, el color de ese particular instrumento le dará sin duda al tema musical un carácter diverso que cuando es ejecutado por el conjunto. La lectura de la Biblia puede asimilarse a estas experiencias musicales. Un libro de la Biblia es un instrumento aislado que tiene valor y color por sí

9 - ¿Quién dijo que la vida (no) tiene sentido?

mismo. No podemos olvidar que forma parte de una obra mayor y que su aporte al conjunto le ha dado su relevancia en la historia de la fe. Pero tampoco podemos dejar que la particularidad de su sonido y estilo queden silenciados con tal que sus discordancias no amenacen la melodía general. Por el contrario, sus innegables matices de tono, color y sonido deben enriquecer nuestra comprensión y nuestra escucha.

Esto es lo que intentaremos realizar con nuestra ejecución del libro de Eclesiastés. Rescatar una original presentación de algunos de los más acuciantes interrogantes humanos, darle espacio para toda su provocativa originalidad, extasiarnos con sus pasajes de innegable belleza poética... dejarnos sorprender por sus notas discordantes y sus paradojas. Es importante para disfrutar de una obra hacer justicia a su estilo y su carácter, respetando la esencia de su temperamento. Forzarla para que coordine con nuestras perspectivas previas es empobrecerla, y perdernos lo mejor que tiene para ofrecernos en su especificidad es una manera de clausurar nuestro aprendizaje. Por eso, no nos propondremos reducir las estridencias del Eclesiastés para que suenen mejor o armonicen con la melodía de nuestro saber bíblico o cristiano. Más bien trataremos de poner en relación ambas versiones o ejecuciones para que en esa creativa tensión surjan nuevos sentidos que hasta ahora nuestros oídos y nuestros corazones no habían logrado captar. Con el telón de fondo de una melodía que no queremos y no podemos olvidar, trataremos de percibir toda la belleza y la potencia de una obra que seguramente no nos dejará indiferentes. Así que, amigo lector, lo mejor es arrellanarse lo más cómodo posible y disfrutar del espectáculo.

Escobar, 12 de enero de 2017

2. Sostener la pregunta

Si una virtud tienen los clásicos (quizás solo por eso merecerían serlo), es reponer una y otra vez las grandes cuestiones de la vida y de la existencia. Esas preguntas que no tienen ni pueden tener respuestas definitivas, pero que, precisamente por esa razón, no podemos ignorar o descartar. Frente a esos grandes dilemas se impone la necesidad de sostener la pregunta, de preguntar de nuevo, una y otra vez. Convertir de algún modo la propia vida en el interrogante que se extiende a todo lo largo hacia la respuesta. Es decir, son problemáticas que viven en estado de demanda, como si hubiese una imposibilidad de pasarlas a la situación o el modo de respuesta, por lo menos definitiva. Pero ¿cómo sostener la pregunta? ¿Cómo seguir haciéndola y viviéndola con sabiduría e inteligencia? ¿Cómo no perder el rumbo, equivocarse los términos, o barruntar respuestas pobres que anulan la vitalidad del interrogante y de la búsqueda?

Allí vienen en nuestra ayuda algunos textos y producciones que, a través de los siglos, han acompañado la búsqueda y guiado la indagación de buena parte de la humanidad. El libro de Eclesiastés (Qohelet, en la tradición hebrea), es uno de estos textos privilegiados. Este librito humilde, breve, un poco anárquico y acaso irreverente, lleva acompañándonos más de 2500 años, y sus sencillas palabras, incógnitas y planteamientos todavía nos conmueven. Nos apelan, nos interpretan, nos dicen, e incluso declaran lo que en ocasiones hemos tenido miedo de confesar con la propia voz: nuestros negros días de aborrecer la vida. Leerlo es una forma de aprender, buscar en sus páginas el texto de nuestras dudas y ensayar con él nuestras modestas respuestas.

11 - ¿Quién dijo que la vida (no) tiene sentido?

Entre todas las preguntas que hacen a la condición humana, la que refiere al sentido de la vida o las razones de la felicidad es el interrogante más insistente. Tanto, que casi ha llegado a ser una humorada suponer que se pueda conocer el sentido de la vida o la fórmula para encontrar la felicidad. Hablar de estas cosas pareciera obligarnos a incurrir en el cliché, en la cultura naif o echar mano de la más ramplona autoayuda. Desde esa perspectiva, sería esta una pregunta cargada de cursilería y las respuestas, aún más insustanciales y poco serias. Así, muchas veces quedamos inhibidos de confesar lo que pugna en el alma por expresarse. Nos avergonzamos de enigmas que están en nuestra mente y corazón porque se nos ha convencido que son vulgares.

Por la vía contraria, en ocasiones este inquirir recae en planteamientos de una complejidad y abstracción que no nos permiten reconocer en ellos nuestra experiencia cotidiana. La multiplicación de conceptos filosóficos y palabras que suenan ajenas al vocabulario popular nos dicen, equivocadamente, que estos son temas serios, para académicos. Discusiones sobre el sexo de los ángeles, preocupaciones alejadas del tráfico de la vida, como si las personas sencillas no pudieran hacerse las grandes indagaciones. Se sugiere así que no hay contacto entre la experiencia cotidiana y una meditación seria y personal sobre la propia vida y su sentido.

Sostener la pregunta es tratar de evitar ambos extremos: ni simplificar términos o habilitar respuestas toscamente simplistas, ni en revesar las cuestiones de modo que la charla quede habilitada solo para teólogos o filósofos. Se trata, entonces, de hacernos aquellos interrogantes existenciales que nos habitan pero que muchas veces no nos damos el espacio y el tiempo para enunciar y ponderar como estos se merecen: poner en relación de una manera clara y comprensiva el inquirir bíblico con nuestra propia realidad de hombres y mujeres del siglo XXI. Tratar de comprender y entender nuestra propia experiencia en toda la contradicción que la condición humana supone. ¿Tiene sentido la existencia humana? ¿Cuál? ¿Qué hacer con todas las fuerzas y circunstancias que nos gritan que no, que tal sentido es solo una ilusión o incluso un engaño? ¿Qué es la felicidad? ¿De qué está

12 - ¿Quién dijo que la vida (no) tiene sentido?

hecha? ¿La idea misma de la felicidad no será solo un recurso comercial o de propaganda de folletines románticos? ¿El sentido y la felicidad se encuentran o hay que buscarlos? ¿Buscarlos o construirlos? ¿El sentido está afuera de nosotros en el mundo, o en nuestra propia subjetividad? ¿Hay un sentido para todos o se trata de experiencias personales? ¿Puede haber dolor y sentido al mismo tiempo, sufrimiento y felicidad en una misma vida? ¿Se trata de una experiencia religiosa o está abierta a todos los seres humanos, creyentes y ateos por igual? A la hora de hacernos preguntas, estas parecen no querer acabar.

Leer el Eclesiastés, entonces, se nos aparece como una oportunidad de encontrar la voz justa de nuestra demanda. El registro bíblico tiene -entre sus virtudes-, el decir claro lo difícil, el colocar en notas hondamente humanas las cuestiones más herméticas. Esto es, hacer comprensible sin simplificar, dar a conocer sin empobrecer, interpretar sin confundir, aclarar sin reducir, responder sin abrumar. Así que en este libro ("librito" también, para imitar a nuestro guía), eso nos proponemos. Ayudar a establecer una relación, colaborar en una lectura lo más contemporánea e inteligente que podamos realizar de un texto maravillosamente imperecedero y actual. Seguir al Eclesiastés en su caminar de experimentado explorador de los caminos de la vida, dejarnos conducir por él, como avezado piloto en las aguas turbulentas de nuestras propias búsquedas vitales.

Remojar la Palabra, amasarla de nuevo

Me gusta remojar la palabra divina, amasarla de nuevo, ablandarla con el vaho de mi aliento, humedecer con mi saliva y con mi sangre el polvo seco de los Libros Sagrados y volver a hacer marchar los versículos quietos y paráliticos con el ritmo de mi corazón. Me gusta desmoronar esas costras que han ido poniendo en los poemas bíblicos la rutina milenaria y la exégesis ortodoxa de los púlpitos, para que las esencias divinas y eternas se muevan otra vez en libertad. Después de todo, digo otra vez que estoy en mi casa. El poeta, al volver a la Biblia, no hace más que regresar a su antigua palabra, porque ¿Qué es la Biblia más que una gran antología poética hecha por el Viento

13 - ¿Quién dijo que la vida (no) tiene sentido?

y donde todo poeta legítimo se encuentra? Comentar aquí, para este poeta, no es más que recordar, refrescar, ablandar, verificar, poner de pie otra vez el verso suyo antiguo que momificaron los escribas. Felipe, León. Ganarás la luz.1943.

3. Las preguntas son para todos

“Las palabras de los sabios son como el aguijón para el ganado: dolorosas pero necesarias”. (Eclesiastés 12:11)

Hay algo en principio desconcertante en que el libro de Eclesiastés se plantee el sentido de la vida como pregunta, y es que se trata de un libro religioso. Es más, es un libro de la Biblia. Y esto nos desconcierta porque nos dejamos guiar por el sentido común que nos dice -no sin algo de razón- que se supone que las personas religiosas o que practican una fe son las que conocen (o debieran conocer) el sentido de la vida. En todo caso, sería de esperar que poseyeran un libro con algunas respuestas (sino todas) sobre tema tan trascendente ¡¡¡pero no uno con preguntas!!! El problema surge porque entendemos la experiencia de fe como respuesta y solución, en vez de entenderla como búsqueda y encuentro. Es decir, suponemos “a priori” que un libro sobre preguntas y planteamientos sobre el sentido de la vida, no debería interesar a los creyentes porque estos ya tendrían resuelto ese problema. Pero la fe no es un recetario de soluciones existenciales para consultar, llegada la ocasión, de manera que nos dé la respuesta esperada. Se trata más bien del registro de un diálogo entre la trascendencia (y por lo tanto la totalidad) y la certeza; con la finitud, la incompletud, la alienación y el desarraigo que supone la condición humana. En ese punto de encuentro entre lo efímero y lo eterno, se cultiva una vida de fe y las búsquedas que esta conlleva.

La segunda cuestión a la que nos conduce nuestro desconcertante libro, es a la distancia que muchas veces media entre las

15 - ¿Quién dijo que la vida (no) tiene sentido?

afirmaciones de fe y las vivencias de los creyentes. Creer en Dios o cultivar una forma de culto no implica necesariamente encontrar en esa misma fe respuestas eficaces o significativas a nivel vivencial. Para decirlo en otros términos más claros: muchos creyentes son personas desdichadas. Es decir, personas que no logran que su fe se manifieste en una vida de experiencias significativas. El desafío de la felicidad y el sentido de la vida es un ejemplo de esta contradicción o distancia entre las afirmaciones de fe y las realidades del día a día que se da en otras muchas dimensiones. Sin embargo, en algunos discursos religiosos pareciera implicarse que creer en Dios, practicar una fe y ser feliz -o conocer el sentido de la vida- son una y la misma cosa. Esto es, se supone que un creyente tiene precisamente lo existencial resuelto; sin embargo, la experiencia de muchos creyentes señala hacia una realidad más compleja. Lo que sucede a menudo es que las certezas que se afirman, se sostienen, se creen a un nivel mental, no logran ser traducidas de una manera creativa en las vivencias y relaciones de modo tal que hagan la vida más productiva y fructífera.

El del sentido de la vida es quizás el conflicto más acuciante para toda persona humana y al mismo tiempo, la pregunta menos hecha por los creyentes. Se supone que estos ya saben cuál es el sentido de la vida e incluso que viven de acuerdo a él. Muchas veces esa verdad de perogrullo “los creyentes son los que conocen el sentido de la vida”, es una tapadera de conflictos profundos, dudas acalladas y temores en sordina. ¿Es que habla la Biblia del sentido de la vida? ¿Es que habla de otra cosa? “El sentido de la vida es Dios, conocerlo y obedecerlo”, dirá cualquier dogma cristiano que se precie. Pero ¿eso alcanza como respuesta y sobre todo, como pregunta? ¿Es lícito para un cristiano preguntarse sobre el sentido de la vida? ¿Es la fe la respuesta inmediata y automática a esa duda? En última instancia, ¿son más felices los creyentes que los que no lo son? Finalmente, de eso se trata.

Por otro lado, los que no creen, también se hacen estas preguntas de enorme trascendencia, pero no consideran que estén conectadas con respuestas que podrían provenir de la fe cristiana. Los temas que les interesan, los desafían o los angustian aparecen -a su entender- deformados o minimizados bajo el lente

16 - ¿Quién dijo que la vida (no) tiene sentido?

religioso. Sienten que los creyentes escamotean los problemas existenciales dándoles respuestas que subestiman la angustia de la condición humana. Quizás les interesarían más las respuestas de la fe si estas respetaran los términos de sus incógnitas. Si la fe cristiana, cuando respondiese, no lo hiciera minimizando la duda o el conflicto expresado en esa búsqueda. El sentido de la vida aparece, entonces, como una pregunta con toda su fuerza, a la que es difícil hallarle una respuesta simple. ¿Cuál es el sentido de la vida humana? ¿Cómo enfrentar la angustia de la muerte y su clausura sobre todo lo que la vida es y significa? ¿Cuál debería ser la orientación ética de la vida en un mundo plagado por la injusticia u orientado por el mero azar? ¿Cómo atrapar la felicidad posible en este mundo atravesado por el dolor y la incertidumbre? Puede resultar sorprendente corroborar que en muchos textos de las Escrituras afloran estos interrogantes, pero en ningún otro lugar, con la claridad y la radicalidad que alcanzan en el libro de Eclesiastés, el polémico Qohelet, fruto rico y tardío de la tradición judía llamada sapiencial. Siempre con honestidad: en ocasiones, escéptico; a veces, contradictorio; con preguntas valientes y profundas, con respuestas que sorprenden por lo módicas, este maravilloso libro se convierte en un inteligente compañero de ruta para creyentes y escépticos. Antiguo y oriental en su hechura, se deja entender e indagar por cualquier lector contemporáneo dispuesto a seguir su cadenciosa y paradójica reflexión de “viejo sabio”.

Siguiendo a Eclesiastés, analizaremos primero los lugares comunes en donde los seres humanos buscamos encontrar el sentido de la vida. Algunos de ellos tan vigentes en nuestros días como el dinero, el conocimiento, el poder o el placer. Es decir, esa convicción tan moderna y occidental de que el sentido de la vida y la posibilidad de alcanzar la felicidad reside en lograr ciertas cosas, bienes o posiciones. Luego, consideraremos las contrariedades que parecen frustrar toda búsqueda posible de la felicidad y que emergen de la misma condición humana. Así serán parte de nuestra lectura desde la finitud del olvido hasta la presencia ominosa de la muerte, pasando por la injusticia, la vejez y la mismísima rutina. Por último, consideraremos las humildes respuestas que el libro nos ofrece ante este rico abanico de planteos y desafíos. Nos encontraremos entonces con la

17 - ¿Quién dijo que la vida (no) tiene sentido?

propuesta de una felicidad asombrosamente sencilla y humana. Tan humana como nuestras propias vidas y nuestros propios interrogantes.

Darnos un sentido

La fuente fecunda de la ansiedad es la falta de sentido en la vida, es decir, el vacío. Tanto los fugitivos como, sobre todo, los solitarios, son ramas desprendidas del árbol de la vida, y muertas. El árbol es su propio misterio. ¿Quién soy? ¿Cuál es el proyecto fundamental de mi vida? ¿Cuáles son los compromisos que mantienen en pie ese proyecto? ¿Soy consecuente con esos compromisos y conmigo mismo? Al hecho de ser uno mismo llaman autenticidad. Cualquiera que cae por la pendiente de la incoherencia vital, será poblado por las sombras de la ansiedad, sea en el matrimonio, sea en la fraternidad. El peor de los sufrimientos -la ansiedad- deriva del peor de los males: no saber para qué se está en este mundo. Por eso hemos dicho que la ansiedad se parece a un lento suicidio y a la región de la muerte. Decía Nietzsche que quien tiene un objetivo en la vida, es capaz de soportar cualquier cosa. Y yo agregaría que aquella vida que sea poseedora de un sentido, jamás conocerá la ansiedad, al menos aquella ansiedad profunda y permanente. Larrañaga, Ignacio. "Sube conmigo". 1984.

¿Sentido o felicidad?

Nos enfrentamos a la búsqueda de dos realidades similarmente inaprensibles: el sentido y la felicidad. En principio nos parecen dos caras de una misma moneda, o por lo menos dos ideas que tienen fronteras comunes. Si algo las emparenta a las dos, es que hacen referencia más a un horizonte que nos reclama que a realidades concretas que podríamos aprehender y fijar de una vez y para siempre. De ambas lo que mejor sabemos es la dimensión de su promesa y por lo tanto también de su demanda. Queremos ser felices y queremos encontrarle sentido a nuestra vida, pero no bien lo declaramos a continuación podemos preguntarnos desconcertados: ¿Pero qué es eso? ¿Qué podría significar para nosotros en nuestra específica trayectoria de vida?

La felicidad por lo menos parece estar siempre en un tiempo en que no nos encontramos. Miramos hacia atrás y nos reconocemos felices en otra etapa de nuestra vida en que no fuimos conscientes de serlo. Miramos hacia adelante y nos imaginamos felices gracias a un acontecimiento esperado, que probablemente no nos genere tanta dicha mientras lo estemos viviendo. Fernando Savater ha dicho: "Felicidad es aquello que brilla donde yo no estoy, o aún no estoy o ya no estoy". El sentido de la vida parecería tener el mismo carácter evasivo, pues este parece revelarse luego que se ha hecho un importante trayecto de vida, mientras vivimos no somos muy conscientes del sentido que tiene o que va adquiriendo nuestra vida. Ambas aspiraciones, la del sentido y la felicidad son realizaciones personalísimas. No pueden ser reducidas o encontradas en simples principios universales o fórmulas por buenos que estos sean. Allí quizás la tragedia de tantos creyentes que creen que la adhesión a la fe sin más ya garantiza encontrarle sentido a la vida. Debemos hacer algo con eso en que creemos o a lo cual adherimos, debemos realizar una obra personal, inscribirlo en nuestro destino, encarnarlo en una aventura existencial.

En este libro utilizamos ambas ideas casi como sinónimos, aunque reconocemos en ellas algunos matices. Nos parece que

19 - ¿Quién dijo que la vida (no) tiene sentido?

el sentido de la vida, hace referencia a los soportes profundos que sostienen la existencia de una persona. Las grandes aspiraciones grabadas en nuestro corazón, esas fuerzas a menudo inconscientes que orientan nuestras búsquedas y nuestras realizaciones de vida. Mientras que la felicidad parece expresarse en una serie de experiencias subjetivas, que provienen del despliegue del sentido que le vamos dando a la propia existencia. La felicidad sería la manifestación perceptible del sentido que la vida va adquiriendo al paso que se despliega nuestro proyecto de vida. El sentido, provee la dirección y la energía que las fuerzas vitales necesitan para desarrollarse, superar los obstáculos, las pérdidas e inevitables disminuciones, integrándolas al curso de la vida personal. En la episódica felicidad que experimentamos aquí o allá, se evidencia subjetivamente los resultados valederos de ese proceso. Como contrapartida: "El sinsentido inhibe la plenitud de vida y por lo tanto equivale a enfermedad".

4. Del Eclesiastés a nosotros

“Una persona que se proyecta hacia un sentido, que ha adoptado un compromiso por él, que lo percibe desde una posición de responsabilidad, tendrá una posibilidad de supervivencia incomparablemente mayor en situaciones límite que la del resto de la gente normal”. Víctor Frankl.

“El sentido hace que una infinidad de cosas sean soportables; quizás que todo lo sea”. Karl Jung.

El sentido de la vida, fue siempre un motivo de preocupación, búsqueda, discusión e incluso angustia. Puede uno remontarse a los primeros textos escritos de la humanidad en la lejana Mesopotamia asiática, o en Egipto, para encontrar la misma pregunta por el sentido, que recorre luego todas las culturas y los pueblos hasta nuestros días. Pero nunca antes de nuestra época se había convertido en una pregunta tan presente y tan acuciante para tanta gente. Hasta tiempos muy recientes, las prácticas religiosas, los discursos y proyectos políticos, el arte, los descubrimientos y conquistas en un mundo siempre más extenso parecían haber mitigado un interrogante que ahora vuelve con toda su fuerza.

El mundo moderno se siente en un punto de llegada, en la playa en la que lo han dejado una serie de aventuras. La aventura religiosa, la aventura política, la aventura económica y productiva y la aventura científico-tecnológica. Quizás sea esta última la única todavía en movimiento, así como probablemente sea arriesgado

21 - ¿Quién dijo que la vida (no) tiene sentido?

hablar de un punto de llegada; incluso, considerando punto de llegada no el haber resuelto todos los problemas a los que esas aventuras lo enfrentaban, sino precisamente por lo ambiguo e incierto de los resultados obtenidos. En medio de una sensación agrídulce que combina éxito y fracaso, la odisea humana parece haber llegado al menos a un punto reflexivo. Una sensación de "saciedad", de haberlo probado todo y estar de vuelta, no es ajena al hombre y la mujer de nuestro tiempo.

Es precisamente desde este paradójico lugar de saciedad y miseria material, de apoteosis tecnológica y atraso cavernario, de refinamiento cultural y embrutecimiento social progresivo, desde donde la pregunta por el sentido se ha hecho más real y pertinente. Después de todo lo que hemos soñado y logrado y después de todas nuestras ilusiones desvanecidas: ¿Qué sentido tiene la vida? Ese enigma, de dimensiones sociales y culturales, tiene razón y lugar porque amplifica las incontables preguntas que incubamos en nuestras anónimas y minúsculas historias personales. También allí comprobamos el paradójico resultado de la aventura humana, en la pequeña proporción de un destino personal en el que se conjugan siempre éxito y fracaso, realización y frustración, gloria y miseria.

El autor del Eclesiastés, fue un pensador de una época parecida a la nuestra desde este punto de vista del que venimos hablando. Nacido en la transición entre el antiguo mundo del esplendor hebreo y la larga crisis de desencanto que se disparó con el exilio, se acostumbró a mirar el mundo con ojos críticos y escépticos. Acaso tengan razón todos los autores que lo han tachado incluso de melancólico o pesimista. Es que veía a Israel ya desplazado del club de los estados, mientras pasaba ante su vista el esplendor de reinos portentosos pero efímeros. Babilónicos, persas y griegos se habían sucedido en la hegemonía mundial en un combate perpetuo y sin destino. Israel, empequeñecido en ese juego de gigantes, podía apenas vivir de la nostalgia de lo que había sido. Era hora apropiada para pensar en lo profundo y trascendente, pasada la ola del exitismo del boato oriental, del que los reyes israelitas se habían enamorado a su tiempo. De hecho, la parábola que el autor construye alrededor de la historia de Salomón, no es acaso otra cosa que una forma de ilustrar la historia de todo un pueblo.

22 - ¿Quién dijo que la vida (no) tiene sentido?

Ya no se oía la voz fresca de los profetas, y con ellos se había extinguido la expectativa de un cambio en la historia. Dios parecía lejano y silencioso. Las enseñanzas tradicionales llenas de optimismo en la retribución divina, hacía rato que eran puestas en duda por una realidad que ya no las respaldaba. La historia corría impertérrita dejando al costado del camino, con indiferencia, las ilusiones de un Israel victorioso de la mano del Señor. Ese orden, tan caro a los héroes de la fe en las épocas ya pasadas, en que un Dios visible y audible blandía su espada para recompensar a buenos y malos ya no existía. Quedaba en su lugar un mundo echado a la suerte de los ricos y poderosos, de tiranos y violentos que se disputaban la victoria, indiferentes al carácter moral de sus pensamientos o actos. La fe temblaba frente a tanto desahucio, pues sonaba la hora de vivirla como si Dios no existiera. Entonces, nuestro sabio decidió hacer las preguntas y las afirmaciones que fueran posibles desde la fe en este mundo en que hasta Dios parecía una palabra excesiva. Una época minimalista, de certezas módicas, de verdades siempre relativas y condicionales.

¿No es este también el tono de nuestra época? ¿No nos amenaza el mismo vacío y las mismas incertezas? ¿No ponderamos los mismos temores? ¿No tememos también nosotros a la misma irrelevancia? Conviven en las alforjas de nuestros pensamientos demasiados fragmentos de convicciones pasadas como para estar seguros aún de las verdades tradicionales. Lo que fueron las grandes verdades de la fe religiosa sostenidas otrora incluso a sangre y fuego por los Estados, ahora deben jugar su suerte en el mercado persa de las creencias. Allí, en la tienda de objetos en desuso del que nos habla tan bien el famoso tango “Cambalache”, encontramos al cristianismo en todas sus formas en oferta junto a las creencias más recientes o inverosímiles. La voz de la iglesia o de la fe -si se prefiere- es una más entre tantas y en ocasiones incluso, no es la mejor de las que se oyen.

Algunos sueñan melancólicos con la restauración del mundo que hemos perdido, ese en el que las verdades eran claras, distintas, se respetaba la autoridad y la moral tradicional tenía una validez universal. Soñaban con lo mismo muchos contemporáneos de Eclesiastés, y por eso esperaban ansiosos la llegada del Mesías

23 - ¿Quién dijo que la vida (no) tiene sentido?

libertador, y por necesidad en este caso, restaurador en términos religiosos y políticos.

Ese sueño nunca se cumplió. La historia siempre puja hacia adelante y tiene la virtud de metamorfosear nuestras mejores utopías. Podría uno buscar por cierto -muchos lo hicieron- en la ensoñación que nos produce el regreso de los buenos tiempos. Podríamos negar con todas las fuerzas este mundo en que vivimos; sin embargo, y a pesar de todo, seguiría allí. Podríamos escapar hacia el pasado ideal cerrando nuestra fe a la pregunta y el cambio, viviendo el hoy con la fe del ayer. Pero estos serían, sin duda, proyectos fallidos. También se podría elegir el camino más difícil y desafiante de volver a pensar la fe en los términos de las cuestiones reales de este nuestro nuevo -y en tantas formas- hostil mundo. Esa tarea árida y riesgosa es la que intentó el autor de un libro como el Eclesiastés, que nunca volvió a ser tan contemporáneo como en nuestra época. Con él, con su valiente compañía nos podemos preguntar de nuevo: ¿qué sentido tiene la vida que se nos ha donado? O lo que es más interesante: ¿qué sentido seremos capaces de darle? ¿Cómo encontrar la felicidad, para nosotros y para otros a nuestro lado? Y lo más importante: ¿De qué felicidad debería tratarse?

Buen seudónimo para un sabio

El título castellano Eclesiastés proviene del griego (eklesia) en su traducción del participio femenino hebreo Qohelet (título original del libro), que parece designar a quien desempeña una función en la asamblea (kahal), probablemente convocarla. Hay que pensar que se trata más que de una asamblea de creyentes, una de sabios, al estilo de un maestro que reúne a sus discípulos para la enseñanza o la asignación de tareas (Mateo 10:1). La época y el autor del libro siguen siendo un enigma. La tradición se lo atribuyó a Salomón, símbolo del hombre tocado por la sabiduría divina. Sin embargo, vale notar que las referencias del libro son indirectas y pudorosas, como si el autor quisiera identificar su obra con el famoso rey, sin decir abiertamente "soy Salomón", de hecho el nombre propio no aparece (1:1, 12, 16; 2:9). Hay que señalar que algunas declaraciones del autor hablan de la corte como de algo ajeno a sí mismo (8:2-4; 9:14). El autor menciona de muchos monarcas que ya habrían pasado por el trono de Judá (1:16; 2:9) ¡cuando él sería solo el tercero! Los eruditos del texto hebreo han señalado la utilización de un vocabulario que solo se comenzó a usar después del exilio.

Pero las evidencias internas más importantes para dudar de la autoría salomónica y de una fecha monárquica para el libro son dos: en primer lugar, el clima social, político y religioso señala en realidad a la etapa posterior a la monarquía. Época en la que las ilusiones del Israel monárquico y victorioso habían muerto, dando paso a un período de pesimismo y cuestionamientos. Solo un periodo así pudo habilitar el tipo de preguntas y replanteos que se hacen valientemente libros como Job o Eclesiastés, poniendo en tela de juicio no solo los dogmas tradicionales, sino también la sabiduría de la que son herederos. ¿Por qué jugar con la alusión entonces? La figura de Salomón estaba vinculada sólidamente a la tradición sapiencial, así que generar ese vínculo daría sin duda mayor autoridad al libro. La literatura llamada "pseudepigráfica" es decir, aquella que atribuía obras literarias a autores legendarios, era común en la antigüedad. Por otro lado, la biografía de Salomón servía de ilustración a algunas de las ideas del autor, por lo que este podía ser un seudónimo muy atinado para el anónimo escritor que nos donó esta obra.

Arrojados al mundo

El hombre se halla "arrojado" a un mundo incomprensible. Casi no puede evitar una corriente subterránea de miedo, con remolinos de agudo pánico. Vive en una vorágine de inestabilidad, soledad y sufrimiento, bajo la amenaza del espectro de la muerte y la nada. Querría escapar del agobio de la ansiedad. La falta de sentido es más terrible que la angustia, porque si existe un propósito definido de la vida, es posible soportar la angustia y el terror. Cuando se pregunta a alguien si tiene designios por los que darla su vida, en la mayoría de los casos se obtiene una respuesta afirmativa. Hasta el hombre más deprimido, si le preguntamos crudamente: "Entonces ¿por qué no se suicida usted?", quedará asustado al principio, y luego encontrará razones, que estaban semi-ocultas, por las que vale la pena seguir viviendo. Podemos poner en juego nuestra vida por el valor de algún "proyecto personal", aun cuando no estemos, seguros del éxito. Los miembros de la resistencia francesa en la Europa de Hitler sabían que tenían pocas probabilidades de éxito, pero sentían que su objetivo era algo por lo que valía la pena dedicar una vida y hasta sacrificarla. Los sufrimientos y la muerte son superados cuando el hombre tiene un ideal. Allport, G. "La personalidad".